

# Oscuro

Alejandro Alberti

# Introducción

Oscura, así fue mi vida. Desde el comienzo, cuando salí del vientre de mi madre y vi la luz, esa luz no fue más que mi tortura y la de tantos otros que se cruzaron por mi camino.

Hoy, 27 años después, aún me sorprende que la gente que me conocía se horrorizara de lo que hice ¿Qué estaban mirando? ¿Nunca notaron siquiera quién era yo realmente?

La gente sólo mira su ombligo, no nota el verdadero peligro que acecha. Sólo ven lo que les transmiten por televisión... Sólo algunos vieron que les podía pasar si caminaban junto a mí.

Algunas veces pienso que soy solo una consecuencia de mi infancia, pienso que me acostumbre al dolor, a tal punto que pareciera ser la nafta que me hace funcionar. Siento que me resigné a no ser feliz, incluso antes de saber qué era. Me convertí en un vampiro alimentado por el dolor que me rodea. Por ende, tiendo a generarlo, es como cultivar mi propia huerta.

Muchas veces creí que tenía un andar distinto, que era especial, pero me di cuenta que soy un animal; tal vez no el único, pero animal al fin. De chico quería ser médico, quizá por curar tanto a mi madre llegué a pensar que ese era mi objetivo. Hoy miro hacia atrás y veo lo lejos que quedo la medicina de mí. Ya no curo heridas, las provoco. No estoy seguro de estar haciendo un mal, tal vez sea la forma de curar a la gente de mí, la peor enfermedad que les podría tocar.

Hoy me encuentro aquí para ser juzgado, espero que el mundo decida. Deseo la muerte, algo que muchas veces busqué y no logré conseguir, pero solo será una condena, una más que tendré que soportar.

Ninguna sentencia cambiará lo que hice, no sanará los daños en mi cerebro, ni volverá el tiempo atrás.

Hoy empecé mi declaración con estas palabras:

- Si en ese momento alguien me hubiese preguntado qué hice, le hubiera contestado que no lo sabía. Pero luego recordé: Hice lo que nunca creí que podía hacer. La taquicardia que no paraba, el sudor frío que se adueñaba de mí y una ira incontrolable que brotaba. Miré el espejo y vi mi rostro más pálido que de costumbre, tenía pequeños cortes en mi mejilla derecha con sangre que se perdía por el cuello de mi camisa. Miré mis manos temblorosas como si ellas hubiesen hecho algo que no deseaban, volví a mirar mi rostro con miedo, pero ese que estaba allí ahora sonreía. Tomé la jabonera del lavatorio y golpeé duramente el espejo: Ese que se veía reflejado no era yo... ¿O sí?

Mi nombre es Judas, y esta es mi historia...

# Capítulo 1

## El palo que amasa y golpea

Mucho tiempo después, protagonistas de estas historias me contrarían lo sucedido en momentos que yo no estuve presente. Entre copas y algunas cosas más, nos reiríamos con algunas y otras harían deslizar lágrimas sobre mi rostro. Por pudor prefiero guardarme los sucesos caóticos, algunos más importantes que otros, que no modificarán el fin de la historia.

Me crié en esta ciudad, en el corazón mismo de ella, donde los bancos exprimen hasta el último centavo de los seres humanos, donde los bares repletos de gente ofrecen el mejor menú a los miles de oficinistas, donde las casas de cambio especulan con los turistas y ahorristas y donde la gente camina de un lado hacia el otro como autómatas. Un amontonamiento donde nadie se conoce, donde las calles son un desfile interminable de automóviles y motocicletas. Los negocios repletos de gente probándose hermosos vestidos y zapatos, galerías, shoppings, gimnasios, edificios estatales, la iglesia, el museo y hasta un casino hermoso rodeado de casas de empeño completan el brillo de esta ciudad. Pero se convierte en mi verdadero hogar, cuando la luz del día deja de iluminar. Calles oscuras y desiertas, con vagabundos que se alimentan de las sobras de los locales de comidas rápidas, prostitutas a la caza de algún oficinista rezagado en busca de sexo rápido antes de ir a su hogar.

Sólo las luces de algún bar y el casino que jamás cierra iluminan lo que queda de esta ciudad. La gente no vive aquí, vive en barrios más tranquilos alejados de todo el ruido.

Los edificios albergan en su mayoría oficinas y por las noches se encuentran desolados. Es muy raro escuchar música, voces o algo que presuma presencia humana alguna.

Emma, mi madre, solía ser camarera de “El Greco”: Un bar de esos que nunca cierran, como los de las rutas, repletos de hombres bebiendo ginebra, pero en la gran ciudad. No tenía grandes lujos como los otros, pero sí precios muy económicos para no perder la clientela. Allí, mi madre conoció a Raúl, mi padrastro, tal vez el mejor

cliente, no por las grandes sumas de dinero que haya gastado, sino por su fidelidad a su gran amor: La ginebra.

Raúl era el encargado de un edificio justo frente al Greco. Como casi todos los encargados de esa época, vivía en un departamento que le daba el edificio. Se levantaba a las cinco de la mañana, cruzaba al bar y desayunaba religiosamente sus primeros vasos de ginebra. Luego se encargaba de su trabajo: Limpiaba la entrada, el portero, las escaleras, los ascensores y baldeaba la vereda. Al terminar regresaba a casa, siempre y cuando no tuviera alguna reparación para hacer. Comíamos, dormía una siesta, se bañaba y se vestía con su camisa gris y pantalón negro. Por muchos años admiré su constancia: Jamás dejó de lado el trabajo, eso para él era sagrado.

Raúl no solo se ocupaba del edificio, también realizaba reparaciones en oficinas, arreglaba cañerías, hacía instalaciones eléctricas y hasta algún trabajo de albañilería. Todo como extra, en el edificio o fuera de él. Por la mañana, después de desayunar en el bar, me despertaba, me ayudaba a cambiarme y me llevaba al colegio. Al principio aparentaba ser el padre que no tuve, pero Raúl cuando la luz del día dejaba de iluminar, era como esta ciudad. Se volvía oscuro, carente de toda luz.

Mi padre nos había abandonado cuando yo tenía 3 años, después de eso mi madre decidió ir a vivir con Raúl en su departamento. Él la amaba con locura. Antes de eso vivíamos en un pueblo a unos cincuenta kilómetros de allí, teníamos una casa hermosa con un gran fondo, si bien era yo muy pequeño entonces, recuerdo las hamacas y una pileta chica en la cual mamá me enseñaba a nadar. En ese entonces, ya hacía un tiempo que mamá trabajaba en El Greco. Yo quedaba al cuidado de mi abuela, de la cual sólo tenía vagos recuerdos.

Mi madre era hermosa, su cabello era rubio parecía dorado, era delgada pero con buenas curvas, tenía piernas estilizadas donde se le marcaban sus músculos bien formados, labios gruesos, ojos celestes. Mi madre era una muñeca, si bien yo la miraba con los ojos de un hijo, a cada paso que daba junto a ella por la calle, los hombres me hacían notar que estaba junto a una mujer extremadamente deseada.

A ella nunca le molestó ser mirada y deseada, es más, le encantaba vestir con minifaldas y vestidos cortos. Usaba ropa muy ajustada para que sus curvas quedaran bien a la vista.

Según Raúl, mi madre nunca superó el hecho de que mi padre la hubiera abandonado. Consumía alcohol todo el tiempo. A diferencia de Raúl, ella no hacía distinción entre bebidas, cualquiera le venía bien; sin contar que las drogas eran su mayor adicción. En las tantas discusiones de mi hogar la palabra más común con la que mi padrastro se refería a ella era prostituta.

Mi madre fue camarera durante algunos años, allí tomo el gusto por el alcohol, las drogas y demás vicios. Trabajaba en un estado lamentable, pero para el Turco (el dueño del Greco), ella era fundamental: Gran parte de su clientela iba allí por ella, les encantaba beber junto a esta mujer tan bella, verla caminar por el salón mostrando sus hermosas piernas con su desfachatez. Muchas veces se tornaba cariñosa con algún cliente y se sentaba en sus piernas a la espera de una generosa propina. Más de una vez Julián, un hombre fornido, empleado del turco y encargado de la caja, debía sacarle de encima algún cargoso que empezaba a manosearla. A ella nunca le molestaba esto, salía de la escena siempre con una sonrisa, sabía que su cuerpo era la mejor arma para sus propósitos.

El turco era un delincuente, y el bar era producto de la herencia de su padre. Siempre sobrevivió del robo de autos y la venta de autopartes, negocio que ya hacia algunos años no realizaba debido a un allanamiento a su desarmadero que llevo presa a gran parte de su banda, la cual nunca lo delató. Aunque vivió un tiempo en el exterior por miedo a que alguno de sus colegas lo hiciera.

Ya en el exilio, se enteró de la muerte de su padre. Su madre había muerto hacía más de diez años, como único hijo y heredero, vio en el bar la posibilidad de empezar una nueva vida. Se aseguró que las aguas estuvieran calmas y regreso a su nuevo emprendimiento.

El bar, pensara usted. Pero no, eso no era de su estilo. Su nuevo negocio era la venta de drogas, el bar era sólo la fachada.

Todos los días entraban al bar más de diez punteros del Turco, recogían su mercadería y partían hacia distintos destinos. Algunos trabajaban desde un bar, otros con sus teléfonos atendían el delivery de las oficinas y también estaba Germán, que solo trabajaba desde el prostíbulo de su padre. Nombro en especial a Germán porque tendrá participación especial en esta historia más adelante.

Los primeros años de convivencia con Raúl fueron lo más parecido a una familia denominada normal, yo salía al mediodía del jardín y él siempre estaba esperándome, caminábamos cuatro cuadras para llegar a casa, y siempre parábamos en la plaza del coronel (Yo le llamaba así porque en el centro de la misma había una estatua enorme de un soldado montado a caballo, en su mano derecha llevaba en alto un sable y de su mano izquierda colgaban dos cabezas de unos supuestos invasores que él había decapitado)

Siempre me impresionó esa imagen. Me hubiese gustado saber quién era, pero Raúl no tenía estudios ni mucho menos interés en la historia como para contarme. Generalmente hay alguna mención de estas estatuas en su pie escritas en bronce, pero habría sido seguramente robada para ser vendida.

Subía a la hamaca, cerraba los ojos y olfateaba el olor a pasto cortado y me recordaba a mi antigua casa de pueblo, eran solo unos minutos, pero eran muy lindos. Luego llegábamos a casa, y prendía el televisor para ver los dibujos animados mientras él preparaba la comida. Raúl era rápido para hacerla y muy lento para comerla, mientras lo hacía, tomaba de su botella de vino (Tomarla entera para él era religión).

Terminado el almuerzo, me pelaba una fruta que comía viendo televisión, él no era de postres. Sacaba la botella de ginebra y servía su primer vaso, cuando lo terminaba lavaba los platos y se volvía a sentar para hacer una sobremesa con un par de vasos más.

Mi madre nunca almorzó con nosotros, ese era el momento donde más trabajo había en el bar. No hacían grandes comidas, más que nada eran minutas, pero era la gran excusa de muchos clientes para beber un rato. Después, cuando el horario de almuerzo de las oficinas finalizaba, volvía la paz y comenzaba el momento del relax: Julián se encargaba de la caja y de las mesas y mi madre subía a la oficina del Turco a ayudarle con las tareas "administrativas".

El Turco era repugnante, no solo por su manera de actuar, sino también por su aspecto: Llevaba una barba tupida, tenía una cicatriz al costado de su ojo y le faltaba media oreja por un disparo que estuvo a punto de quitarle la vida. Era obeso, sucio y no paraba de transpirar, pero tenía algo que a mi madre la seducía: La cocaína.

Él tenía su ritual: Todas las tardes volcaba una bolsa de diez gramos en su escritorio, se desnudaban untaba su miembro en el polvo mágico y ella con sus labios se ganaba sus extras. Gritos bobos de su boca dormida suplantaban las frases sucias que solía gritar y que el Turco tanto odiaba. Pasaban largos ratos teniendo sexo, él no se conformaba con poco, tenía grandes cantidades de aparatos para satisfacer sus necesidades y las de ella. Cuando llegaba la hora de bajar, ella recogía las sobras de cocaína en una bolsita y la guardaba en sus senos, mientras el Turco la miraba con una sonrisa desde su sillón... Sabía que se los había ganado.

Después de la sobremesa, Raúl dormía unas horas mientras yo miraba la televisión. Se despertaba tipo seis de la tarde, se bañaba, se afeitaba y se vestía elegantemente, me daba un beso en la frente y se iba al bar, ¿Por qué ir a beber al bar, cuando se tiene la botella de ginebra en la mesa de tu casa? Porque para él, era como otro trabajo: El de beber y vigilar a mi madre.

Para mí empezaba una etapa difícil del día, me quedaba en soledad y sin saber a qué hora regresarían. Los almuerzos para mí eran sagrados, porque la cena nunca llegaba. Generalmente Raúl esperaba el horario de salida de mi madre a la medianoche bebiendo en el bar, pero nunca se respetaba. Volvían a la madrugada y era mejor no estar despierto para ese momento. Mi madre había logrado una gran

capacidad para soportar la bebida, con el tiempo me di cuenta que era gracias a la ayuda de la cocaína, el Romeo que fue por su Julieta, ahora volvía en los brazos de mi madre, pero colgado, porque no se podía sostener por su estado de ebriedad, ni bien entraban al departamento empezaban los gritos de él.

- ¡Prostituta! ¿Con cuántos te has acostado por esa propina? ¿No te das cuenta? Ese Julián está desesperado por ti, si pudiera te violaría. ¡Ahora eres mi puta, no te tienes que fregar en las faldas de esos degenerados!

Por lo general, mi madre se desnudaba, empezaba a tocarlo, besarlo y este hombre cada vez más animal, era preso de sus instintos, olvidaba todo tipo de infidelidad y dormía entre sus piernas hasta el horario de trabajo.

Yo no veía a mi madre por las mañanas, ella dormía. Luego me iba al colegio y para cuando llegaba ella ya estaba en el bar. Los únicos momentos que podía tener con ella eran los de las noches, pero no eran los mejores. Muchas veces intente recibirla, pero Raúl se enfurecía conmigo, decía que mi madre al verme recordaba a mi padre porque lo extrañaba y lo seguía amando; y siempre exclamaba que mi madre estaba "Enferma de la droga" (término usado por él, para referirse a la adicción de mi madre) por su abandono.

Cuando digo se enfurecía, era porque se me venía encima como un toro y me golpeaba con su puño en mi rostro, no le importaba mi sangre o si podía matarme. Se ponía ciego de ira. Pero estos momentos siempre traían un premio para mí: Mi madre lo agarraba fuertemente para que no me golpeará más, él la sacaba de un empujón, corría nuevamente y me abrazaba para que los golpes fueran interceptados por su cuerpo. Luego de un rato de furia sus golpes cesaban, pero los daños eran irreparables. Cuando se calmaba, se iba a dormir y ahí empezaba mi momento mágico: Mi madre maltrecha por los golpes, pero con todo su amor, pasaba horas curándome.

Mis dientes de leche no se cayeron por causa natural, yo tenía dentista personalizado.

Luego de las curaciones dormía a mi lado, por las mañanas desayunábamos juntos durante varios días, debido a que no asistiría al colegio hasta que se borrarán las marcas de los golpes. Compartir esos momentos con mi madre fue muy importante, pero el precio desmedidamente caro.

Tenía ocho años, cursaba el segundo año del ciclo lectivo primario cuando tuve que abandonar el estudio Las marcas en mi rostro, ya no había tiempo que las tapara: Una cicatriz en mi pómulo y otra en mi ceja izquierda, más varios moretones habían llamado la atención a la directora del colegio, varios interrogatorios por su parte bastaron para que mi madre tomara la decisión.

Los golpes se tornaron cada vez más fuertes y frecuentes. Yo ya no era tan inocente y ahora los buscaba. No podía soportar que golpeará así a mi madre, ahora lo enfrentaba, pero él no se contentaba con gritarle prostituta a mi madre o con algún cachetazo, estaba extremadamente violento: Golpeaba con sus puños en las costillas y en su rostro. Cuando iba al bar, llevaba un palo de amasar más grande de lo habitual (recuerdo de su época de pizzero) escondido en su campera, con la excusa de que si alguien quería propasarse con ella, lo usaría. Pero siempre lo sacaba en casa, para pegar en la cabeza a mi madre y otras veces en la mía.

Los tiempos habían cambiado, ya no era mi madre la que curaba mis heridas, era yo ahora el que atendía su cuerpo molido a golpes y otras veces, perforado. Ahora la que faltaba a su trabajo era mi madre, al turco no le gustaba verla así, decía que a los clientes no les gustaban las putas llenas de moretones y amenazaba con echarla si no arreglaba su situación.

Hasta los 11 años mi vida fue un desastre, pero todavía podía empeorar. Todavía recuerdo ese día, era el día que siempre había esperado, el día que devolvería la felicidad de mi familia, el que salvaría a mi madre de su perdición, pero como todo en mi vida, la felicidad tuvo plazos cortos.

Era una tarde como tantas otras, Raúl se había levantado de su siesta y fue a cumplir con su tarea habitual: Beber y mirar de reojo a mi madre en el bar. Era una tarde tranquila, había pocos clientes, una pareja tomando cerveza en un rincón, cuatro oficinistas de festejo y tres habituales de la barra, de esos que están en horario de trabajo pero necesitan su vaso de ginebra o vino, lo beben y parten rápidamente. Mi madre estaba reluciente, con una mini-falda más corta de lo normal, de esas que al agacharse ya dejan ver sus partes más íntimas.

El grupo del festejo le pidió que les trajera dos botellas de champán. Ya estaban bastante subidos de copas y todo lo hacían a los gritos. Cuando ella se acercó con las botellas, uno de ellos la agarró de la cintura y la sentó en su falda. Con su mano derecha empezó a acariciar sus piernas.

Mi madre trató de levantarse, más que nada por miedo a la reacción de Raúl que la miraba con atención y empezaba a levantarse de su asiento, pero con la mano izquierda el oficinista la sujetó fuertemente y luego empezó a acariciarle sus senos. Otro de los muchachos se acercó en una forma bastante cariñosa y poniendo una de las manos en su pierna le pregunto:

- Hoy festejamos mi ascenso ¿Cuánto nos cobras por una fiesta con los cuatro?

No llego a recibir respuesta, un palazo en su cabeza le borro todo tipo de sueño. Luego Raúl, fue por el que tenía en la falda a su princesa: El primer palazo se lo dio de lleno en el rostro y cuando este cayó, siguió golpeándole con toda su ira. Los otros

dos trataban de pararlo pero era en vano, estaba enloquecido. Julián, que había seguido todo desde la caja, se acercó y de un golpe seco en la sien desmayó a Raúl.

El alboroto fue tal que llegó la policía. Raúl fue detenido y los dos oficinistas fueron llevados al hospital. El Turco estaba muy enojado, la presencia de la policía en su local lo ponía muy nervioso, agarró fuerte del brazo a mi madre y en el oído le dijo que estaba despedida.

La felicidad había tocado a mi puerta. Ahora podía disfrutar de mi madre durante todo el día. Raúl estaba detenido por agresiones, pero la carátula podía cambiar por las lesiones graves que tenía uno de los muchachos, mi madre me había comentado que si Raúl iba preso, debíamos desalojar el departamento para darle lugar al nuevo encargado y que con la plata de la indemnización por el despido, podíamos volver al pueblo y empezar una nueva vida. Yo volaba de felicidad, por primera vez en muchos años fui a un cine, almorzábamos y cenábamos juntos. También me llevó a un parque de diversiones donde había juegos magníficos, ahí mi madre me compró una pistola que lanzaba pelotas, fue mi primer juguete.

Yo deseaba que ese muchacho muriera a causa de los golpes, pero como siempre la vida me dio la espalda: Mejoraba rápidamente y la liberación de Raúl era inminente.

En esos días me di cuenta de que mi madre no lo amaba, en ningún momento intento visitarlo, ni ver cómo estaba su situación. Ante su salida, yo intenté convencer a mi madre para irnos igual al pueblo, pero ella me aseguraba que al no trabajar más en el bar, los celos de Raúl y nuestra vida iban a cambiar, que iba a buscar un colegio donde pudiera retomar mis estudios. Ella me iba a llevar todas las mañanas e íbamos a ir a la plaza por las tardes.

Ese día que tanto deseé que no llegase, llegó. Raúl volvió a casa. Volvió con la mirada perdida, con pocas palabras, sin pegar un solo grito. Parecía tener mucho odio dentro y que lo tenía reprimido, seguramente desearía matarnos. Pero temía volver a pisar un calabozo.

Lo primero que hizo fue pedir disculpas al consorcio por su reacción desmedida y los días que había faltado a su trabajo, le fue aceptada su disculpa dado que siempre cumplió con su deber y era querido por los dueños e inquilinos de los departamentos. Siguió trabajando y cumpliendo su rutina como toda la vida, almorzaba y cenaba con nosotros casi sin pronunciar palabra, mi madre dormía con él e intentaba mostrarse cariñosa, pero Raúl la alejaba fríamente.

Durante un buen tiempo las cosas siguieron así, por las tardes mi madre iba en busca de su dosis diaria. Tenía muy buena relación con Germán, que a partir de ahora sería su nuevo proveedor. No compraba grandes cantidades, pero casi no

había días que no concurriera por ellas. Seguía bebiendo, tal vez un poco más que antes.

Su relación con Raúl empezó a mejorar una noche: Era tarde estábamos acostados, ella se levantó, no podía dormir. Yo estaba despierto tenía la puerta semiabierta y la veía en el comedor como desesperada, estaba totalmente desnuda, transpiraba demasiado; pero no hacía tanto calor. Tomó un vaso, sacó la botella de ginebra, lo llenó y lo bebió de un solo trago. Luego sacó una bolsita de un pantalón que había quedado sobre una silla, la abrió y desparramó cocaína sobre la mesa. Tomó uno de esos imanes de parrillas que estaba pegado en la puerta de la heladera, peinó dos líneas largas y con un billete las aspiró.

Cada vez transpiraba más, nunca la había visto de esa manera, se levantaba, caminaba de un lado al otro, estaba desesperada. Pero si droga tenía ¿Qué era lo que le faltaba? ¿Abstinencia a qué? Se paró junto a la silla y empezó a frotarse con su mano la vagina, era como un animal en celo. En eso, se levantó Raúl. La miró y le dijo:

- ¿Qué haces así? ¿No ves que das pena?

Y ella le contestó, casi a los gritos y sin reparar en que yo podía escucharla:

- ¡Puedo soportar de que no me hables y serte fiel, pero no puedo vivir sin que me cojan, o lo haces tú, o lo hace otro!

No termino de decirlo que Raúl se le fue encima como una fiera. Atiné a levantarme para defenderla, pero los propósitos de él no eran los de golpear: Sacó su ropa de un tirón, la subió sobre la mesa, comenzó a besarla en todo el cuerpo y luego se apoderó de ella. Empezó lentamente y luego comenzó a moverse violentamente, ella gritaba como loca, estaba desencajada, le mordía la oreja y la pera, clavaba sus uñas en la espalda, se movía como un felino. Parecía poseída. Luego, cuando él parecía estar a punto de estallar, lo retiró de un empujón, se arrojó al piso colocándose en cuatro patas y le pidió que, antes del final, quería un servicio completo. Yo cerré los ojos, preferí no mirar cómo sería.

Después de esa noche, las cosas en casa empezaron a tomar color. Él ya no estaba distante, a ella se la notaba feliz. Pero yo no toleraba más la presencia de él, quería que desapareciera, que tuviera un accidente, que quedara electrocutado en alguna reparación o algo que lo sacara de mi vida para siempre. Sólo teníamos que ser mi madre y yo.

Para esos tiempos mi madre ya había gastado la plata de la indemnización, vivía con un dinero mensual que le daba Raúl, solo le alcanzaba ese monto para comprar comida, y mantener unos días de su vicio. Lo que la llevaba a pedir siempre un poco

más de plata. Raúl no quería darle más, aunque podía, sabía que el dinero que le daría iría a parar al bolsillo de Germán a cambio de unos cuantos gramos. Pensaba que acortándole el dinero, ella iba de a poco a cortar su vicio. Para compensar, compraba grandes cantidades de bebida alcohólica, creyendo que de a poco iba a ir remplazando un vicio por otro.

Mi madre sentía algo especial por Germán: Era un muchacho rubio, siempre bien vestido, alto y simpático. Las mujeres le sobraban, pero como hijo del dueño de un prostíbulo vivía rodeado de prostitutas. Le encantaban las fiestas y era generoso con ellas: De vez en cuando, las hacía trabajar con mejores pagas que las que daba su padre. Siempre portaba arma, cuidaba de ellas y las trataba con mucho respeto.

Cuando mi madre se quedaba sin cocaína, no buscaba a Germán para rogarle por ella, pensaba que él creería que era una arrastrada y no podía aceptar que él la juzgue de tal manera. Pero su cuerpo le pedía, empezaba a sentir esa sensación de vacío, se ponía como loca. Empezaba a agarrarle el mal humor, hasta que se decidió y buscó la solución: Recurrir al Turco.

No anduvo con vueltas. Directamente le ofreció sexo a cambio de la dosis diaria. Luego de negociar la cantidad que le daría, el Turco aceptó el trueque (Realmente extrañaba las tardes administrativas).

Durante unos meses pudo solucionar el tema de su vicio, lo que le estaba costando ahora, era encontrar alguna excusa para desaparecer todas las tardes, ya que Raúl estaba comenzando a desconfiar de ella. Solía decirle que me llevaba a la plaza y cuando él no estaba en la puerta del edificio, cruzábamos al bar, entrábamos rápidamente y subíamos por la escalera del fondo tratando de pasar lo más desapercibidos posible. Ya después arriba, éramos recibidos por el Turco, mi mamá solía darme unos autitos de colección que había en una repisa y luego me llevaba al baño para que juegue un rato allí con ellos. Se agachaba, me daba un beso en la frente y decía que iba a ser solo un momento, después cerraba la puerta. Era muy difícil jugar mientras escuchaba a mi madre gemir como una prostituta y a un hombre decirle cosas sucias. Esos momentos eran eternos.

Mamá había encontrado la excusa perfecta y la usaba cada vez más seguido.

Hasta ese día...

Era un día normal, Raúl estaba terminando sus tareas en el edificio. Mi madre estaba nerviosa, miraba la hora cada vez más seguido. Esperaba que viniera y se bañara, como hacía todos los días y en ese momento aprovechar para irnos. Pero él no venía.

Estaba realmente desesperada, de muy mal humor. Llegó el punto en que no aguantó más, tomó mi mano y bajamos. Cuando llegamos a la planta baja, vio que

una vecina tenía la puerta abierta y corría agua por todo el pasillo. Evidentemente tenía un problema con el agua.

Mi madre le pregunto si estaba Raúl ayudándola, la señora contesto que sí, pero que había ido a la ferretería en busca de un caño. Mi madre le dijo si por favor podía avisarle que nos íbamos a la plaza, a lo que la mujer dijo que nos quedáramos tranquilos que le daría aviso. En el mismo momento en que entrábamos al bar, Raúl giraba la esquina. Nos vio, esperó un tiempo prudencial, entró al bar y preguntó a Julián por nosotros.

Julián dijo que no nos había visto y ahí enloqueció. Subió las escaleras a toda prisa, pateó la puerta de la oficina y encontró a mi madre y al Turco en pleno acto. Golpeó al Turco y luego a ella. El turco se levantó rápidamente, tomó su arma y la puso en la cabeza de Raúl. Le dijo que no quería verlo nunca más en su bar, ni a él, ni a ella. Mi madre se vistió, abrió la puerta del baño, me levantó en sus brazos y nos fuimos.

Llegamos al departamento y mi madre me pidió que entrara a mi pieza, cerrara con llave y que no abriera por nada del mundo. Luego empezaron los gritos, los golpes y el ruido de cosas que caían. Durante varios minutos escuché los reproches y golpes que recibió mi madre. Después de un largo rato de silencio, empezaron a sentirse las patadas en mi puerta y los gritos de Raúl que me decía:

- Y tú no eres ningún inocente. Sal de ahí, basura. Voy a matarte ¿Ahora cubres a tu madre? ¿No valoran lo que hago por ustedes? ¡Desagradecidos!

Pateó durante largo rato la puerta, me metí en mi cama, me tape de pies a cabeza, como si eso evitara que ese loco no pudiera matarme si derribaba la puerta. Pero por suerte no pudo abrirla. Estaba realmente preocupado por mi madre, hacía largo rato que ni siquiera la oía llorar ¿La habría matado?

Esperé un tiempo prudencial y abrí la puerta lentamente. No había rastros de Raúl, pero sí de mi madre: Los primeros eran de sangre, luego la encontré en la puerta del baño. Estaba totalmente inconsciente, tenía dos perforaciones en su espalda hechas con el sacacorchos, el cuerpo lleno de moretones y su rostro completamente desfigurado. Me largué a llorar y supe que no podría volver a soportar otra golpiza como esa.

Mi madre tardó mucho tiempo en recuperarse. No caminaba bien, ahora tenía varias cicatrices, pero mantenía su hermosura. Después de esa última infidelidad, Raúl ya no le daba dinero, solo cargaba unas cosas en la heladera como para alimentarnos. Comíamos poco, mamá había adelgazado varios kilos.

Una tarde, mamá vino con la noticia que había conseguido trabajo. Se había encontrado con Germán y éste le había ofrecido limpiar la casa de su madre, sólo

serían unas horas por la mañana. Raúl al principio se negó rotundamente, pero mamá lo amenazó con irnos de la casa y terminó cediendo.

Mi madre jamás limpió nuestra casa ¿A qué mente se le ocurriría que podría limpiar la de otro? Ella empezaba a trabajar con Germán... Pero como su nueva prostituta. No tenía demasiados clientes (no mucha gente recurre a ese tipo de servicios por la mañana), pero su hermosura hacía milagros. Levantaba dinero suficiente como para sus vicios, nuestra comida y hasta para algunos lujos.

Al principio, todo se desarrollaba normalmente: Volvía poco después del mediodía, almorzábamos todos juntos y atendía de maravilla a Raúl en la hora de la siesta. Por las noches, muchas veces cenábamos afuera o íbamos al cine.

Una tarde no volvió. Raúl estaba como loco, no sabía dónde quedaba la casa de la madre de Germán. Iba continuamente al bar a ver si él estaba ahí, pero no se animaba a entrar por miedo al Turco. Volvía, pateaba los muebles... Estaba desencajado.

Hasta que empezó a encontrar alguien en quien desquitarse: Me agarró del pelo, me bajó por las escaleras y ya en la calle me dijo que no volvería a entrar hasta que ella no volviera. La esperé sentado en el umbral toda la noche, pero nunca llegó.

Ya por la mañana me despertó el Turco, que venía a abrir el bar. No sé si fue por pena o porque se sintió identificado, pero me invito a entrar. Me dio de desayunar y después me dijo que durmiera un rato en el sillón de su oficina. Luego de unas horas desperté y le conté lo que había sucedido en mi casa. Empezó a llamar a Germán para que regresara con mi madre. Después de un largo rato lo ubicó y éste le dijo que mi madre se había ido con un gerente y dos empleados a una casa de campo, que eran cocainómanos y seguro la fiesta se había tornado larga.

Germán fue a su búsqueda, la casa estaba a unos quince kilómetros de la ciudad. La rodeaba una gran arboleda, tenía una gran piscina al frente, una entrada con una enorme puerta y dos columnas a sus costados. En el estacionamiento había unos cinco vehículos, pero sin embargo parecía desolado. Germán golpeó la puerta enérgicamente y un hombre desnudo se hizo presente, sin presentarse entró al lugar. Mi madre estaba desnuda, abrazada a un hombre en un sillón y en una mesa llena de botellas de alcohol, se encontraban cinco hombres más. Sobre la mesa también había una montaña de cocaína, suficiente como para quince días más.

El gerente se levantó y le dijo a Germán:

- Que buena prostituta tienes aquí hermano, puede soportar siete hombres y creo que podría con más.

Germán sacó su arma y poniéndosela en la cabeza le dijo:

- Tú pagaste por tres y me prometiste que la tratarías con respeto ¿Qué debería hacer yo contigo?

Germán estaba dispuesto a todo, cuando mi madre dijo:

- Espera, no hagas locuras. Me han tratado con respeto y fueron muy generosos. No me importó la cantidad, ellos preguntaron si podían sumar más hombres y yo les respondí que trajeran los que quisieran.

-¿Estás loca? – Dijo Germán – ¿No ves que tu hijo esta solo esperándote? Raúl lo dejó en la calle y el Turco debió darle asilo.

Quedó callada, pensó unos segundos y dijo:

- Tenerme cerca es lo peor que le puede pasar. Soy una persona toxica, pero hoy voy a terminar con su dolor.

Mi madre se vistió, subió al automóvil de Germán y regresaron al bar.

Durante todo el día, el Turco me atendió como a un hijo: Desayunamos, almorzamos unas buenas pastas que el mismo había elaborado y por la tarde lo ayudé a armar la mercadería para entregar a sus distribuidores. Tenía unos paquetes de cocaína en forma de ladrillos, los cuales cortaba con una navaja y volcaba en la mesa. Con una cuchara poníamos la coca en unas bolsitas y luego las pesábamos en una pequeña balanza hasta llegar a los cinco gramos. Él me decía que los punteros solían cortarla con bicarbonato y vendían de a un gramo para sacar un poco más de ganancia, que más de una vez había tenido que darles una buena golpiza, no quería que su coca tuviera mala fama.

Aparcaron el automóvil delante del bar. Mi madre abrazó a Germán fuertemente, le dio un beso en la boca y le dijo que le hubiese encantado tener una relación con él, que nunca un hombre la había protegido tanto. Volvió a darle otro beso, bajó del automóvil y entró al bar. Germán no dijo una palabra, él tenía una atracción especial por ella. Pero sentía que ningún hombre podía saciar su sed, que ella era tan hermosa que no debería ser de nadie, sino de todos.

Mi madre entró corriendo, me buscó con su vista, se agachó, me abrazó fuertemente, me besó y me dijo que esa sería la última vez que me haría algo así. Yo nunca la odié, la amaba con locura como todo el mundo, le podía perdonar cualquier cosa. Pero jamás le perdonaría que me hubiera abandonado.

Dio las gracias al turco por cuidarme y nos dirigimos al departamento. Antes de entrar mi madre dijo lo de siempre: Que lo primero que tenía que hacer era ir directo a mi pieza, que me encerrara y que no tuviera miedo. Sólo que esta vez agregó algo nuevo:

- No te preocupes por mí. Si no me oyes, no salgas hasta el otro día. Yo estaré bien, mejor que nunca.

Estas palabras quedarían grabadas en mi mente hasta el día de hoy.

Cuando abrimos la puerta, encontramos a Raúl sentado en el sillón. Lo había colocado de frente a la puerta. Tenía el palo de amasar en su mano y una botella de ginebra en la otra. Mi madre me empujó hacia la pieza y él, de un grito, me frenó:

- ¿Dónde piensas que vas? Todas las puertas están con llave. Esta vez van a tener que enfrentarme cara a cara, no huirán más de mí.

El terror se apoderó de mí: Mi madre me empujó hacia un costado, me temblaban las piernas. Ya tenía casi 13 años, estaba dispuesto a enfrentarlo. Mi odio era mi mejor arma. Me acerqué hacia los cajones, tomé el cuchillo más grande y cuando estaba decidido a utilizarlo, vi a mi madre como nunca antes: Se había sentado en sus piernas, agarrándolo violentamente de su camisa y gritando:

- Vengo de encamarme con siete hombres que me hicieron todas las locuras que puedas imaginar y lo disfruté como la gran perra que soy. En estos diez años te fui infiel cientos de veces y todos me hicieron sentir más mujer que tú. Eres un fracasado y siempre lo serás.

Raúl, montado en su ira, se levantó y partió la botella de ginebra en su cabeza. Ella giro su rostro pero no cayó. Luego recibió un golpe con el palo en el medio del rostro que hundió la nariz y la frente, jamás intento cubrirse, se dejó golpear. Cayó desplomada al suelo, era un cuerpo sin vida. Raúl se agachó, se arrodilló sobre su espalda y con el palo en su mano derecha siguió golpeando duramente contra su cabeza.

Yo sabía que estaba muerta. Tenía el cuchillo en mi mano, podría haberlo matarlo y vengar su muerte ahí mismo, pero el terror me frenaba. Un sudor helado corría por mi frente, era como estar parapléjico. Caí al suelo y sentí mi corazón latir rápidamente, parecía que iba a explotar. Pensaba en mi madre y el dolor era cada vez más grande, debía cortar ese dolor con más dolor. Extendí mi mano en el suelo y con el cuchillo empecé a cortar de a poco mi dedo índice. Lo rebané hasta la mitad, cerré los ojos y los latidos empezaron a calmar. No quería volver a despertar, quería morir.

En ese momento recordé algo que mi madre me había dicho hacía un tiempo, cuando le había preguntado por qué me había puesto mi nombre:

- Porque nada bueno puede salir de ti.

Esas fueron sus palabras, y no se equivocó.

